

Una pedagogía musical con propósito

ÚRSULA WERREN DE BOLAÑOS

A Sergio, de siete años, le es imposible mantenerse sentado y tener sus manos tranquilas; algo en él siempre está en movimiento. Me doy cuenta que no hay una intención de interrumpir el quehacer de la clase o de molestar a alguien: es un impulsivo interno, involuntario, hasta hoy inconsciente. El ritmo musical se vincula de manera natural con todo lo que somos y lo que es movimiento en nosotros. Respirar, hablar, gesticular, trasladarnos, el trabajo constante del corazón y de todos los órganos internos, incluyendo los micro-ritmos del cerebro y el macro-ritmo de nacer y morir en esta tierra, todos estos ritmos encuentran su expresión en el ritmo musical.

Sergio podrá adquirir control y usarlo con un propósito determinado, si logra vincular la posibilidad, la necesidad y la habilidad del movimiento físico para transformarlo en el ritmo musical, con un tiempo, una velocidad, con pulsaciones fuertes y débiles, con un inicio y un fin y con un propósito, un sentido. Una dificultad que parece difícil de controlar, se transforma de esta manera en una habilidad fructífera y placentera.



Eso es lo que pretende hacer la pedagogía o la educación musical: dar significado y hacer fructíferas nuestras tendencias musicales naturales y así como la parte física-motora tiene su correspondencia en el ritmo musical, nuestra afectividad se “entona”, se hace sonido, o resuena en la melodía.

¿Cuál es tu canción?

Todos tenemos canciones y melodías “especiales” que nos evocan eventos impregnados de afectos. Nadie puede escuchar música sin sentir, sin activar la parte emocional. La melodía y el sentimiento no sólo van de la mano, son una sola experiencia.

Hay un encantador cuento llamado “¿Cuál es mi canción?” (Dennis, Matthew & Sheila Linn, Editorial Promexa) que relata cómo en una comunidad africana, desde el momento que la futura mamá sueña y se imagina a su futuro hijo o hija, concibe una canción para él o ella. La canción acompaña a su criatura en todos los momentos significativos: la concepción y el nacimiento, cuando

aprende a caminar, en los momentos de alegría y de dolor, en los encuentros y en las despedidas, hasta en los éxitos y en los fracasos. La comunidad aprende la canción y acompaña con ella al compañero cuando se casa, cuando tiene su propio hijo, cuando enferma, cuando se alivia, y finalmente, cuando se va de este mundo. La misma canción le da significado, seguridad, pertenencia, consuelo y acogida durante la vida.

Así pues, la tarea de la educación musical vista desde una dimensión humana e integradora es liberar, hacer consciente y estructurar lo que desde la herencia milenaria nos pertenece: la musicalidad. Nunca he conocido un niño que no fuera musical; todos y todas lo son. Sólo hace falta, y la pedagogía musical lo tiene como meta, desarrollar en

ellos lo que ya tienen. Establece enlaces, vínculos y relaciones cada vez más conscientes entre él o ella como persona y el don de la musicalidad innata.

La meta no es el estrellato, la fama fácil, que puede llegar por añadidura, sino encontrar el engranaje entre las características humanas y los elementos musicales correspondientes, siempre dentro del nivel de desarrollo en que se encuentre el niño o niña. El maestro planea y ofrece las vivencias, las oportunidades e invita con un propósito e intenciones dirigidas al desarrollo constante.

Descubrir la riqueza infinita del sonido

Como dice Edgar Willems: "La música se aprende haciendo música". Parece una afirmación demasiado obvia, más observamos en muchos educadores la tendencia de iniciar enseñando símbolos, conceptos y explicando la música. Hacer música fue, es y será siempre escuchar y descubrir la infinita riqueza de los sonidos, seguir la necesidad del organismo y manifestarlo a través del ritmo musical. El método constructivista, directo y global, nos invita a canalizar, validar y celebrar nuestra capacidad afectiva por medio de las melodías; nos lleva de la mano a descubrirnos como co-creadores del universo, cantando cada uno su propia canción.

Y entonces sí, estamos listos y deseosos de entender el código, de descubrir la estructura, los principios y reglas que conforman este lenguaje tan complejo, producto de muchísimas generaciones en búsqueda de una manera de representar la experiencia en una construcción sonora.

En la etapa sensomotora, hasta los 3 años, hacer música es explorar, asombrarse, hacer sonar todo lo que rodea; es caminar, correr, brincar; es cantar sobre lo que se relaciona con su mundo como son los juegos, los animales, el agua, las relaciones con la familia y con otros niños y niñas.

En la etapa pre-operativa, entre los 3 y los 6 años, los niños aprenden a usar el ritmo de manera intencional y planeada; exploran los sonidos y los reconocen, los imitan, explican su procedencia y

forma de producirse. Cantan cada vez más entonados y conscientes; aprenden a valorar las posibilidades expresivas, desde la tristeza hasta el júbilo. Hacer música se convierte en una actividad social, es comunicarse y estar en sintonía con los demás.

Entre los 6 y los 10 años ellos construyen sobre todas las vivencias musicales anteriores y descubren el orden interior, de manera cada vez más conscientes de las reglas que conforman el lenguaje musical. Es entonces que pueden leer la escritura, interpretar un instrumento musical, incluida la propia voz. Al tiempo que se escucha la música con comprensión, se participa en un coro o conjunto instrumental, los niños y las niñas toman conciencia de su propio valor y el valor del otro; todo eso y más es aprender música.

Al adolescente le permite identificar aquello que le distingue y lo une con el otro. Su instrumento musical se convierte en un vehículo de autoconocimiento, expresión y comunicación consigo mismo y con los demás. Involucra de manera integrada las habilidades intelectuales, sociales, las técnico-motoras con las musicales, la voluntad y la perseverancia, la imaginación y la creatividad. Se apropia de la música, se encarna de ella.

¿Y el educador musical, la educadora musical? Para verdaderamente facilitar que el alumno descubra y use su potencia musical, debe tener cualidades humanas maduras, ser profesional, tanto de la música como de la pedagogía musical constructivista.

El maestro Germán Romero Pacheco, coordinador del área de Educación Auditiva del Conservatorio de Morelia dice: "En México, la educación musical es un tema pendiente en todos los niveles. Aprender música es una actividad sustancial que debe comenzar a edad muy temprana de manera paralela a estudios primarios, porque es una actividad que los prepara para una formación humana completa."